

--Creo que usted se burla, caballero, yo hablo de escudo de nobleza.

--¿Que dices de eso Canuta?

--Que pondremos un escudo; ya ves la casa de Barron se hizo pintar un cochino y un letrado en latín.

--Pintemos nosotros otro animal con un letrado en hebreo.

--Aconsejenos usted un escudo, señor Don Carlos

--Eso no se inventa, caballero, yo tengo algunas pinturas de fantasía.

--Bien, amigo mío, pinte usted una fantasía en mi calesa pero que imite un escudo de armas, y si conoce usted un buen cochero mándemelo, el destino es magnífico, no trabajará sino en tiempo de secas, porque yo no expondré nunca á la acción del agua una calesa que lo menos debe costar trescientos ó cuatrocientos pesos.

--Yo no conozco á ningún conductor, y en cuanto al precio de la calesa lo menos es de mil quinientos pesos.

--¡Jesús! con esa cantidad compro todos los *alquilones*.

--Puede usted hacerlo.

--Yo quiero una calesa muy barata, sumamente cómoda.

--Hay algunas remontas.

--Bien, trataremos con las remontas.

--Estas valen ochocientos pesos.

--Si usted no se humaniza, no habrá modo de entendernos.

--Cuando usted se decida, puede buscarme en el establecimiento.

--Estoy de malas hoy, con todas las personas que trato, me.....en fin, haga usted la calesa remontada, ¿estará para el lunes próximo?

--No señor, dentro de un mes la tendrá usted en casa.

--Es que yo quiero enviarla al Sagrario para que se estrene en los *Sacramentos habituales*, yo saldré ese día de cochero del Viático.

--Buenas tardes; caballero.

--¿No quiere usted nada adelantado?

--Buenas tardes,

## V

--Estos fabricantes extranjeros, son magníficos: ¿cuándo un artesano del país no me hubiera descerrajado algún dinero adelantado para jugarlo esta misma noche?

--Ya entramos en una nueva era, estados mudan costumbres, amigo mío.

--¡Sombrero blanco y calesa con escudo!.....ya estamos en tren, ya nada falta; hoy voy á la guardarropía del teatro Principal, en busca de vestidos para los lacayos; los vestiré á

á la Luis XIV, es un traje precioso, estoy seguro que nadie tendrá la misma idea; es necesario guardar el secreto, si me roban este pensamiento, soy capaz de.....nó, yo no creo, eso sería un verdadero rapto.

--Hoy has olvidado la lección de francés.

s --Es cierto, el desengaño que.....en fin, sobran comandante Demuriez que se casen con mi hija,

--Véamos si algo he adelantado. He traducido algunas hojas del Telémaco, y la dificultad está en saberlas acomodar á la conversación familiar.

--Es necesario.

--¡Ah! ya sé, voy á visitar á mi amigo el padre de la amiga de Luz, y entraré diciendo el primer párrafo del libro: "Clara Calipso no podía consolarse de la partida de Telémaco Demuriez," ¡Luego dirán que yo no tengo talento!

--Y de diálogos, cómo estamos?

--Algo se adelanta, ya sé como se dice *té, café*, y como se saluda: es necesario que lo practiquemos: y dime, esposa mía, cómo se dice Canuta en francés?

--Los nombres no se afrancesan jamás.

--Pues hacen mal, hoy todo debe afrancesarse; yo pondré en mis tarjetas, "*Fajardait*".

--Bien, bien, ese es negocio mío.

## VI.

--Ya tenemos aquí á nuestro amigo Enrique Morales, que se ha hecho presentar en mi casa.

--Señorita, me tiene usted á sus piés.

--Pase usted, Enrique, hoy viene usted oportunamente; estamos de un humor espantoso.

--¿Usted gasta enojos, señor de Fajardo?

--No, ya pasó, fué una nube que se ha disipado con la agradable noticia de que ya tengo sombrero blanco y calesa con escudo!

--La nueva merece los honores de la alegría: yo felicito á usted por la adquisición de prendas tan importantes.

--Ya se ve que lo son.

--Tendrá usted la gloria de anunciar con todo su arreo, que la monarquía se acerca á la capital.

--Ese es precisamente mi objeto. Hombre, usted no sabe una buena noticia.

--¿Cuál, señor de Fajardo?

--Hombre, el casamiento de Clara con el señor Demuriez,

--La señorita Clara va á hacer un pan como unas hostias.

- Hombre, ¿por qué?  
 --Porque esa señorita ignora quién es ese soldado francés no sabe sus antecedentes, y sobre todo, tal vez será casado en su país.  
 --Enrique, usted es muy exajerado, dijo Doña Canuta.  
 --Es una opinión como otra cualquiera de estos hombres; que aquí entre nos, todos son bohemios.  
 --No sé si tenga usted razón.  
 --La vida trashumante que llevan presta muy pocas garantías: hoy en Africa, mañana en Rusia, pasado en Italia, luego en México, vaya usted á indagar que clase de pájaros sean.  
 --Usted se empeña en llevar siempre la contraria, amigo mío.  
 --En nada altera la cuestión mi dicho, señora, la soldadesca nunca ha entrado en mi programa.  
 --Pues hay condes, marqueses y príncipes en el ejército francés.  
 --Me dan muy mala idea esos señores, que abandonan las comodidades de su familia para entrar de soldados rasos en el ejército.  
 --Pues los hay.  
 --Yo lo creo, y le explicaré á usted el misterio; todos los que se arruinan en el juego y la disipación, se cargan de deudas, hacen algunas fechorías, se refugian en los cuarteles como un número perdido en la lotería de la sociedad.  
 --Dios mío! que mala idea tiene usted de esos señores.  
 --Todo es broma, hablemos de otra cosa.  
 --Joven, usted tiene talento, si esos señores no estuvieran ligados á nuestra causa, y su sangre no nos sirviera á nuestros planes, sería yo de la opinión de usted; pero las circunstancias me obligan á opinar de una manera diametralmente opuesta.  
 --Considerados como *contingente de sangre*, no es malo que una nación salga en los campos de batalla de los descañados, al menos tienen la oportunidad de hacerse matar con honra.  
 --¿Luego usted no daría su hija á ningún francés?  
 --Si la tuviese, decididamente no, señora; en esto no vea usted una cuestión de patriotismo, si no de delicadeza y de interés particular.  
 --Con razón yo me he opuesto á que mi hija se deje galantear de un francés.  
 --Es que la señorita Luz es de mi opinión, y ella se cuida demasiado de esos que yo llamaría aventureros.  
 --Joven, usted me compromete.  
 --Repito que hay personas muy distinguidas.  
 --Señora, si usted quiere desengañarse, asista usted á un

- hotel y comprenderá que diferente conducta observan esos oficiales de la que se estila en nuestra buena sociedad.  
 --Pues qué hacen, caballero?  
 --Un convite de antropófagos presenta un carácter menos repugnante, se lanzan con furor sobre los platos, gritan como unos marineros, aporrean los cubiertos, servilletas y vajilla, *regatean* el vino, fuman horriblemente y convierten la mesa en un verdadero motín; lo que no obsta para que en una tertulia se presenten haciendo mil caravanas y contorsiones.  
 --Eso es mucho, Enrique!  
 --No trate usted á un francés cuando la cuestión verse sobre un céntimo, porque son capaces de disputar un año sin descansar y hasta de batirse.  
 --Ya, ya lo sabemos prácticamente, estuve á punto de ser azotado por una caja de fósforos.  
 --Sin ir muy lejos, un ministro plenipotenciario, todo un visconde de Gubriac, sembraba en un jardín de la legación, rábanos y cebollas que expendía, no sé si en nombre de la Francia y por orden de Napoleón III.  
 --Es un hecho, amigo mío, la mordacidad de usted, encuentra siempre en quien cebarse, con datos tan positivos que no se le puede recusar.  
 --¿Decía usted que el señor Demuriez se casaba?  
 --Sí, luego que regrese de la expedición de Sonora; hay muchas chicas felices, Enrique.  
 --Sí, mucho, ya ve usted, casarse con un francés.  
 --Olvidaba que es usted enemigo á muerte de ellos.  
 --Esas casualidades felices, sólo tienen lugar cuando el dote es una cantidad regularcilla; Clara tiene medio millón de duros, ya ve usted que ese señor Demuriez la favorece demasiado.  
 --¿Que culpa tiene un hombre de que su esposa tenga dinero; tanto mejor!  
 --Y tanto, que por esa razón se casan *tantos*.  
 --Periódico de oposición, dijo Doña Canuta.  
 --Soy franco, asisto á todas las funciones, pero aborrezco cordialmente á todos ellos.  
 --Ya sabrá usted que S. M. I. ha salido de Trieste, está en París arreglando con el emperador el negocio del empréstito: ¡cincuenta millones!  
 --El arreglo será que se dividan la capa del justo, como buenos hermanos, y México pague al fin de fiesta.  
 --Se equivoca usted, esa suma es para el ferrocarril de Veracruz y para preparar una habitación decente á SS. MM.  
 --Que mal gusto hay en esos preparativos, ayer he visto forrar de moaré blanco la cámara de Carlota y ponerle un tocado de plata que da grima.  
 La emperatriz lo mandará fundir para reducir á monedas el regalo de sus súbditos los plateros.

—Enrique, no me toque usted á S. M. porque reñimos.

—No tema usted soy demasiado galante para hablar de la archiduquesa; basta que pertenezca al bello sexo para que yo le tribute mis homenajes.

—Amigo, es usted terrible, el día menos pensado va usted á tener á Cayena ó á la Martinica.

—No importa.

—¿Y sabe usted algo del conflicto entre la regencia y los franceses?

—Estos tienen por la primera vez razón, la regencia tiende de una manera horrible al despotismo reaccionario, trata de resucitar los fueros y derogar las leyes de nacionalización, y esto es imposible.

—¿Será usted por ventura adjudicatoria?

—Precisamente, señor de Fajardo, y eso me hace comprender, que no es fácil la realización de las pretensiones de la regencia. Usted ha hecho también sus negocillos y ¿quién podrá desbaratarlos?

—No, pero la ley debe darse para moralidad de la revolución, lo demás sería falsearla inícuamente.

—Usted sueña, señor de Fajardo, la reacción, no ha triunfado, ni ustedes pueden darse aires de vencedores.

—Jóven, yo se mucho de diplomacia y.....

—Todavía no sabe usted lo que pasa ó aparenta al menos no comprenderlo.

—¿Y qué pasa amigo mío?

—Es muy sencillo, las combinaciones de la Europa llevadas á las bayonetas, son las que se enseñorean en el campo político, ustedes son el pretexto, sirven á sus miras, le dan color á la situación, necesitan de unos cuantos ilusos para *mexicanizar* el negocio, que no es otra cosa que una conquista.

—Está usted en Tebas, usted ha bebido esas teorías en los órganos demagógicos y lo han alucinado; las conquistas son una monstruosidad en el siglo XIX, eso fué peculiar de los tiempos medios.

—Eso digo yo, señor de Fajardo, que habiendo pasado la época, hoy se tenga la demencia de emprender expediciones semejantes.

—¿Y que me dice usted del filibusterismo?

—Pretenderá defender esa piratería que los yankees han elevado á la categoría de *derecho*.

—Es un error, señor de Fajardo, los Estados Unidos en su amplia libertad, no se oponen á nada que sea ajeno á los intereses de su nación, ¿qué les importa que unos centenares de hombres salgan de sus puertos para una aventura? en el pecado llevan la penitencia.

—No estamos de acuerdo, esos yankees son el demonio.

—Como son *anglos y sajones* al mismo tiempo, exclamó

Doña Canuta; así como suben los pies sobre las mesas, los quieren poner en toda cuestión; son unos bárbaros, todos descienden en línea recta de Atila, son los vándalos del continente!

## VII

Mientras pasaba esta conversación, que con corta diferencia era la misma en todos los círculos intervencionistas, la hija del Señor Fajardo se había refugiado en el precioso gabinete que ya conoce el lector.

La joven tenía en sus manos un periódico en que se daba aviso de los avances del ejército francés, ponderando su pericia y valor, consagrando adulaciones rastreras á Napoleón, y terminando con una lista inmensa de heridos, muertos y prisioneros.

Luz, aquella desgraciada criatura, paseaba con inquietud sus miradas por la lista donde creía á cada momento encontrar el nombre del coronel Eduardo Fernández.

Hacía un año que no había recibido noticia alguna, al principio había llorado desesperadamente, después entró en esa calma sombría que se extiende como un velo fúnebre sobre la existencia; era la concentración de una pesadumbre mortal.

—Si habrá muerto ignorado, se preguntaba la joven, en esa confusión de pensamientos que llegan á nuestro cerebro cuando nos agitan las sombras de la duda.

¡Pobre niña! separada del hombre de su amor en el abril de sus ilusiones, era una flor arrancada del tallo y que se marchitaba al soplo de esa aura tristísima del infortunio.

La ausencia, ese paréntesis abierto en el centro de la vida, ese período de agonía y de tribulación, deja huellas de lágrimas en el tránsito de la existencia, en la peregrinación del alma campo infecundo de los desengaños.

¡Luz evocaba con sus dolores al porvenir!

¡Luz esperaba!..... ¡la esperanza es el sueño de los que están despiertos! es la ilusión que pasa los linderos de la tumba para refugiarse en el cielo como su último horizonte!

Luz amaba por primera vez.

Acaso habría tenido impresiones pasajeras como las nubes del verano, pero su alma no se había abierto hasta entonces á la atmósfera purísima de un sueño de amor.

¡El primer amor!

¡Esa plática con los serafines, ese mundo de imágenes bellísimas que atraviesan el iris del corazón, envolviendo la existencia en el ámbar de las ilusiones y de las esperanzas!

¡Flores brotadas en el erial de la vida, para agostarse al soplo del tiempo ó á los huracanes del infortunio y del desengaño!

Luz buscaba como todo alma enamorada, la soledad, para dar vuelo á sus ideas, para derramar sus lágrimas y suspirar libremente.

Esa tarde estaba sola en su gabinete leyendo una á una todas las cartas que formaban su larga correspondencia, ¡páginas de su amor desgraciado!

De un sobre sacó una fotografía que representaba al coronel Fernández en traje de campaña.

—¡Así estará, dijo la joven dando un suspiro, este traje llevaba la noche de nuestra separación, me parece que lo estoy viendo, nunca le ví más conmovido, sus ojos se humedecían y su aliento abrasaba mi semblante; ¡qué recuerdos Dios mío!

—No, continúo después de unos instantes, no habrá podido escribir, la suerte de Estanislao Luna lo ha de haber retraído.....hace bien.....Los diarios vienen llenos de triunfos.....pero no, estoy loca, su muerte la hubieran pregonado; porque Eduardo es muy valiente, y además un caudillo notable.....Yo sé que mis oraciones lo acompañan y que la Virgen lo ampara; ¿no es verdad que tú oyes mis ruegos? ¡yo tengo fé en tí, que nunca me has abandonado.....tú ves mis lágrimas, esa ofrenda que consagro diariamente por la vida del hombre á quien ama mi corazón!

La joven se cubrió el rostro con las manos y comenzó á sollozar de una manera lastimosa junto á la imagen de la Virgen.

Unos golpes dados á la puerta vidriera la sacaron de su arrobamiento religioso.

—Adelante, dijo con voz tranquila.

Una criada entró en el gabinete.

—Señorita, una carta para usted.

—Dámela, dijo precipitadamente la joven, y rompiendo el sobre pasó sus miradas rápidamente por aquellas letras.

Su rostro se revistió de todas las señales pronunciadas de indignación, levantóse y se dirigió á la sala donde se hallaba Enrique con el matrimonio Fajardo.

### VIII.

—Vea usted, dijo á su padre temblando de emoción, vea usted el fruto de esta ostentación ridícula; yo declaro que si el señor Demuriez ó cualquier otro individuo se aloja en esta casa, yo saldré de ella inmediatamente.

—¿Pero qué pasa, hija mía? preguntó asustada Doña Canuta.

—Lo he dicho ya, dijo Luz con dignidad, el día en que un oficial francés pase los umbrales de esta casa, yo saldré de aquí para siempre; y abandonó el salón dejando perplejos á sus padres.

Enrique tomó el papel.

—Lea usted en voz alta, Enrique, lea usted por compasión. El señor de Fajardo estaba confuso y cabizbajo.

Enrique, obedeciendo el mandato de Doña Canuta, leyó con voz sonora la siguiente:

### LETRILLA

Con acento de alfeñique  
Y con andaluz jaleo.  
Cuando el triunfo del mancebo  
Anunció el traidor repique,  
Entró en casa Don Fradique  
Aumentando la boruca,  
Y le dijo á su hija Cuca  
Moviendo alegre los piés:

*Ya vino el güerito, me alegre infinito,  
¡Ay hija! te pido por yerno un francés.*

¿Ves papá? miró el balcón,  
¡Qué gorro! oficial decente:  
¿Ves cómo se para enfrente?  
Tal parece un Napoleón.  
¡Cual me late el corazón!  
¡Ay! yo me inquieto, suspiro,  
¡Ay papá! ya me retiro,  
¡Qué hermoso sombrero al tres!

*Ya vino el güerito, me alegre infinito,  
¡Ay hija! saluda, saluda al francés.*

¡Papá! el oficial de ayer.....  
¡Ay! y viene por acá,  
—Recíbalo usted, papá.....  
—Hija, no te ha de comer.  
*La portavú* ¡qué placer!  
La mano—dále la mano:  
¡Qué señor tan cortésano!  
¡Qué bien estamos los tres!

*Ya vino el güerito, me alegre infinito,  
¡Ay hija! qué gusto que vino el francés!*

Tendré guardias de soldados  
 Con monteras encarnadas,  
 Me dirigirán miradas  
 Los próceres humillados:  
 En espléndidos estrados  
 Se ostentará mi vista,  
 Aunque complete Lazpita  
 Mi deficiente del mes.

*Ya vino el güerito, me alegre infinito,  
 ¡Ay hija! que gusto que vino el francés!*

Ya el francés manda en la casa  
 Y le quitan los sombreros;  
 ¡Cosas de los extranjeros!  
 Dicen, cuando se propasa,  
 Como el güerito sin taza,  
 Y cuando piensan que yerra,  
 Exclaman: ¡si por su tierra,  
 Son las cosas al revéz!

*Ya vino el güerito, me alegre infinito,  
 ¡Ay hija! da gusto, da gusto al francés!*

Quiso el francés un abrazo  
 Y la niña resistía,  
 El papá que la veía  
 No manifestó embarazo.  
 ¿Cómo no estrechas un lazo  
 Con quien tiene su importancia?  
 ¡Qué dirá la culta Francia!  
 Tres bien.....¡hijita, lo vez?

*Te abraza el güerito, me alegre infinito  
 ¡Ay hijita! contenta, contenta al francés!*

Ya están como dos pichones  
 El galo y la mexicana;  
 Tal los halla la mañana,  
 Tal el toque de oraciones  
 Dicen *oni* los marmitones,  
 Y el papá con sério empaque  
 Deletrea el *Telemaque*  
 Con vivísimo interés.....

*Ya vino el güerito, me alegre infinito,  
 ¡Ay hija! te pido por yerno un francés!*

Ya platica sin misterio  
 Papá las gracias de su hija;  
 Con Forey se regocija,  
 Idolatra al ministerio;

Y si de algún gatuperio  
 Habla la gente aturdida,  
 El dice: "No, por mi vida  
 Suegrecitos de entremés."

*Ya vino el güerito, me alegre infinito,  
 Mi casa dichosa visita un francés.*

—¡Basta! gritó Doña Canuta, y todos quedaron en silencio.

## IX.

Esta letrilla es de nuestro poeta insigne Guillermo Prieto: no se puede espremir más hiel en una sátira ni hacerla más sangrienta.

Esa letrilla es un epígrama terrible, una *moxa* sobre esa sociedad que acogió con satisfacción á los invasores.

—¿Quién podía después de haber leído esos versos, desechando el rubor ni desconocer el ridículo en que estaba una familia solo con la presencia de un alojado?

La letrilla envuelve en un pensamiento patriótico, un correctivo que se hace sentir con fuego.

El ridículo en una pluma que sabe jugarlo, es una espada de cien filos, irresistible en su choque.

Prieto escribió en aquellos momentos de fiebre y despecho al ver la acogida; aunque fuera de orden suprema, que se le hacía al ejército francés.

Estas recepciones no son nuevas en el mundo: cuando los rusos entraron á París, las mujeres se les arrodillaban y una alfombra de flores era hollada por las herraduras de los caballos del ejército de la liga.

Hubo francés tan degradado, que al pasar Alejandro I por el Puente de Austerlitz en París, le preguntó si quería que se le borrara aquel nombre.

Alejandro respondió, que le bastaba con pasar sobre él.

## X.

Doña Canuta, para romper aquella situación verdaderamente penosa, gritó en un arranque de estudiada cólera.

Nuestra hija no tiene razón, yo soy imperialista, pero nunca "afrancesada."

—¿Y quién es el autor de ese folleto? preguntó el diplomático.

—Guillermo Prieto, respondió el joven.

—¿Prieto? ¿Prieto? ya me lo esperaba, es un demagogo abonimable, vea usted que apellido tan ordinario, que cosa tan "prieta."

—El señor Demuriez no volverá más, dijo en tono imperativo Doña Canuta.

—Bien, respondió el diplomático, en todo caso le abandonaremos la casa; interrumpir bruscamente las relaciones de Francia no me pareció conveniente, este general Bazaine que ha sustituido á Forey, no es hombre que aguanta culpas y la Martinica no está muy distante de Veracruz, ni Veracruz de la capital.

## XI.

Las campanas de la Catedral comenzaron á tocar á vuelo y una salva de artillería se dejó oír repentinamente.

—Canuta, gritó el diplomático, SS. MM. han desembarcado en Veracruz: ¡viva el emperador!

—¡Viva la emperatriz!

—Este hombre es un pobre diablo, dijo Enrique, y saludando al matrimonio Fajardo, corrió á tomar apuntes de lo que pasaba en las regiones oficiales.

## I.

Cuarenta y dos años hacía que uno de los autores de la independencia mexicana, falseando la gloriosa revolución de 810, se había ceñido la corona de emperador, dando en el abismo con una popularidad que no tiene ejemplo en nuestra historia.

Don Agustín Iturbide, dotado de un genio militar, quiso en mal hora imitar al cónsul Bonaparte en el 18 Brumario, y para subir á la cumbre del despotismo, comenzó por dar un golpe de estado á la soberanía nacional.

La suerte del monarca mexicano quedó resuelta desde entonces.

Lanzado por el aliento revolucionario á las costas europeas, consideró como un Santa Elena aquellas regiones, lleno de ambición tornó á la patria que había burlado, impelido por la fuerza irresistible de un fatalismo.

El drama de Padilla respondió con su acta á la justicia humana que le pedía el castigo ejemplar de aquel hombre, que meses antes era el ídolo de un pueblo en su resurrección al mundo político.

La república se presentó virgen, hermosa, llena de esperanzas bajo el solio de la soberanía.

La generación, cuyas ideas le llevaban á la monarquía, al bajar á la tumba, llevaría consigo el pensamiento intervencionista y la idea monárquica.

La república era el porvenir.

Pero esa generación, heredera de los protocolos de la conquista y del virreinato, no se conformaría con abandonar en el campo al pueblo que acababa de triunfar y dejarlo dueño de la situación.

Era necesario entrar en sus filas para dividirlo. Encaminarlo á una difícil situación para conseguir volviese una mirada allende los mares, buscando á los hombres á quienes acababa de combatir.

Esta aberración de un partido que acababa de hundirse, podría surgir en un evento preparado de antemano, así es que el rito escosés se inauguró como partidario del Plan de Iguala que traía el principio monárquico, llevando en el asiento del trono á uno de los Borbones.

Cincuenta años de lucha, cincuenta años de guerra fratricida han diezmado nuestro suelo y puesto en ruinas el país más hermoso de la Zona Tórrida.

Ya hemos visto ese juego terrible de intrigas, esos planes abortados, esos motines, esos asesinatos, todo ese cúmulo de maldades opuesto á la marcha de un pueblo que quiere á todo trance la república.

## II.

La revolución de 861 parecía definitiva, nada turbaba la paz de la nación que comenzaba á levantarse de ese vértigo sangriento que se prolongará por medio siglo.

Rechazado por todas partes, bajo todas las formas y con todos los nombres, ese partido que ha jurado la pérdida de la nación, se refugió en la Europa, y con grande habilidad logró que entrasen en delirio tres potencias de primer orden.

La resurrección de la monarquía en México, era todo un sueño!